

Mi castillo.

Autor: Observadora.

Cuando respiro intento hacer el menor ruido posible, porque hay alguien detrás de mi puerta.

Me pregunto en qué momento debería comenzar a correr.

Quiero creer que esta sábana podrá defenderme de quién sea que esté allá afuera, pero muy en el fondo sé que eso no será suficiente.

Debí de haber hecho caso a las señales.

Cuando fui al supermercado, lo vi. Era un hombre vestido de negro, que parecía estaba esperando a alguien. Él me saludó. No lo reconocía, así que lo ignoré.

Él estaba otra vez ahí, en la gasolinera. Mirándome. Esperando. Me dije a mí misma que estaba alucinando, que estaba muy cansada. Me estaba dando demasiada importancia. Aunque ahora quizás ya es muy tarde para unir los puntos.

En este momento hay muchas cosas inciertas. Como qué es lo que pasará en los siguientes sesenta segundos conmigo. Pienso en mis amigos, mi padre, el trabajo. Mi mente corre a mil por hora. Pero algo es seguro, ese hombre quiere atravesar la puerta, y no creo que ésta resista más.

Quizás si me levanto y corro hacia la ventana tenga oportunidad de escapar. Pero la luz está apagada ¿qué pasará si tropiezo con algo o si hago ruido?

Debo pensar. Debo idear algo.

La chapa está sufriendo. Él intenta entrar, y ella está a punto de ceder. Sólo me quedan algunos segundos.

Debo actuar.

Mis pies tocan el suelo. La puerta se abre de par en par y la luz llena esta oscuridad. Corro sin mirar a dónde, con todas mis fuerzas. Escucho el murmullo de la ciudad cada vez más fuerte. Estoy a unos centímetros de la ventana, cuando él me agarra del tobillo.

Caigo al suelo con una fuerza desconcertante. Mi pecho arde. Creo que me rompí algo. Pero eso no me detiene. Busco a mi alrededor y encuentro algo. Duro. Lo tomo con ambas manos y golpeo a aquel hombre con todo mi ser. Un líquido rojo nos rodea, pero nada importa. Me pongo de pie y echo a correr.

Con mis manos sobre el borde de la ventana, intento poner un pie afuera cuando lo recuerdo. No hay forma de escapar. La ventana ya no está ahí. La oscuridad desaparece. El silencio se va, y en su lugar aparece una alarma. Potente y constante.

Lo hice de nuevo.

Me recargo sobre la pared y me deslizo hasta tocar el suelo de esta habitación. Una lágrima cae de mis ojos y me pregunto si algún día podré ser libre. Imagino que llegaré un momento en el que todo volverá a la normalidad y yo podré salir de aquí. Pero hoy, junto a este hombre de bata blanca que pierde la vida a mis pies, pienso que todavía falta algo de tiempo para que eso ocurra.

Suspiro profundamente. Cubro mis oídos con mis manos y espero nuevamente a que lleguen los sedantes a éste, mi castillo blanco.